

La última muerte de Dexter Gordon

Texto: Arturo Cid / Ilustración: Francisco Serrano

Al maestro Antonio Muñoz Molina que, sin ser Quincy Jones, ha conseguido que Dizzy toque para él.

Para muchas personas, principalmente las que se creen que marcan el camino de la cultura, Dexter Gordon no nació hasta que trabajó como actor en "Round Midnight". Es fácil de comprender si pensamos que hay gente que sólo entiende el jazz como la música cuyos intérpretes son siempre unos alcohólicos que no han de sobrevivir en la memoria si no tienen un final trágico. Nadie le ha perdonado a Ella Fitzgerald que sea una longeva y feliz ama de casa, que no haya sido *yonqui* y que no haya muerto desangrada leyendo el cartelón de "White only" ante la puerta de un hospital sureño. ¿Sería legendario Charlie Parker si no hubiera llevado una vida lamentable? Nadie piensa en la Eleanor Fagan que se bajaba de un Cadillac envuelta en pieles y llevando un caniche odioso en los brazos, sino en la pobre Lady Day, víctima de su debilidad y de los policías blancos que esperaban ante su lecho de muerte. La artista, sin embargo, era la misma.

La fórmula de morir de un modo desagradable a los treinta años parece ser infalible para dejar una obra perdurable y, sobre todo, para tener muchos fieles, desde principios de nuestra era. Dexter entró en la leyenda a machamartillo y por la fuerza, a pesar de que en la película —qué le vamos a hacer— muere ya un poco mayorcito. La consecuencia directa de "Round Midnight" fue un fugaz ingreso, intelectualmente autorizado, de la banda sonora del film en las listas de éxitos. No sabemos si los que sólo escuchan *Stormy Weather* hubieran aprobado la subida a los altares de Dexter si no hubiera aparecido en la pantalla tocando el venerado (también por motivos extramusicales) *As Time Goes By* o compartiendo la escena con Martin Scorsese.

El caso es que para muchos, como decía al principio, el genial Dexter Gordon nació y murió en la penumbra del cinematógrafo, lo que no es del todo falso, sobre todo si tenemos en cuenta que él tenía la manía de desaparecer y renacer. Yo vi a Dexter por primera y última vez en 1981, época en la que se empezaba a hablar de un *revival* del Bop propiciado por Woody Shaw y el mismo Dexter Gordon en su primera resurrección. Para el público americano —que lo tenía entre los *fracasados* que un día se fueron a Europa— ya había muerto. Este nuevo empuje que

el saxofonista dio al jazz ha permitido el progreso de nuevos artistas que hubieran sido tachados de reaccionarios por no escoger el camino de la fusión. Para Dexter, aquella fue una época de grandes conciertos y bellísimas grabaciones. Para mí supuso la necesidad inmediata de comprarme un saxo tenor.

Poco después vino la segunda de las desapariciones de Dexter, esta vez sin más explicación sociológica que la de un efisema pulmonar provocado por un cigarrillo que encendió cuando era joven y que nunca llegaba a apagarse. Los amantes del jazz, entre ellos yo, que lo imitaba en la forma de tocar y por desgracia, en la de fumar, lo dimos por desaparecido. Por entonces los amantes de la cultura oficial estaban cambiando a Labordeta —o, incluso, a De Raimond— por Radio Futura.

La fórmula de morir de un modo desagradable a los treinta años parece ser infalible para dejar una obra perdurable y, sobre todo, para tener muchos fieles, desde principios de nuestra era.



La auténtica responsabilidad de Dexter Gordon no fue calarse otra vez el "pork pie hat" que utilizó en su juventud para saciar el hambre de imaginación de los necrófilos del jazz. El fue, compartiendo la gloria con algunos otros olvidados como el gran Sonny Stitt, el que se enfrentó a la espinosa tarea de traducir el lenguaje de Charlie Parker a su instrumento, el saxo tenor, sin renunciar a sí mismo. Esto no es poco, pero se puede seguir hablando de aspectos musicales que hacen que el pintoresco Desiderio, que levantaba el tenor al saludar, fuera algo más que un músico con un estilo muy marcado, algo, por otra parte, que se debe exigir a todo buen jazzman. John Coltrane, otro de los legendarios oficiales, reconocía a Dexter entre los artistas que más influyeron en su forma de tocar; claro que también hablaba de la influencia de Frank Sinatra, un maestro que *la cultura* y, menos aún, la prensa, se niegan a reconocer. Dexter Gordon creó un sonido que, en mi opinión, terminó de liberar a los saxofonistas que habían escogido el tenor de la carga del inventor Coleman Hawkins. Su personal sentido del tempo —el *laid-back*— y de la medida y su lirismo con el saxo soprano hacen de él un creador, no el jazzman-tipo del que hablaron los periódicos.

Por eso muchos imbéciles lloramos en el cine cuando vimos morir a Dale Turner. Dexter hizo el testamento que no pudieron ni quisieron hacer Lester, Bird ni Bud Powell. Pero también el que nunca harán Ella Fitzgerald o Dizzy, que no van a necesitar morir en la cruz para salvarnos.

El caso es que para muchos el genial Dexter Gordon nació y murió en la penumbra del cinematógrafo, lo que no es del todo falso, sobre todo si tenemos en cuenta que él tenía la manía de desaparecer y renacer.

